

El desencanto de la certeza

Rachel del Carmen C. Lizarán

Image not found.

Capítulo 1

¿Tus inquietudes te mortifican?, ¿te retas a ti mismo proponiéndote la cota más alta que la media y la consecución de tus objetivos nunca tiene lugar? Entonces perteneces al club de los penitentes.

Si padeces una patología crónica denominada frustración que en ocasiones consigue llevarte al paroxismo de la desesperación; como contrapartida, las musas derraman generosamente su gracia sobre ti.

No hay matices cromáticos. No hallarás grises intermedios. Si eres un peregrino vital a la búsqueda de sensaciones experimentales que te mantengan en perenne efervescencia, estimulen tu intelecto y de alguna manera perpetúen tu huella en la Tierra; ellas, las inestables musas, te visitarán transmitiéndote secretos acotados, reservados para unos pocos mortales privilegiados.

Las patrañas que nos endilgan cuando aparecemos en este planeta, junto al espejismo que supone permanecer un tiempo en el, no conduce a nada palpable. Se trata de hacernos concebir falsas esperanzas con engaños, provocando éstos que nos aferremos al entorno con fuerza, anhelando un futuro eterno.

Acto seguido, sin darnos tiempo a asumir la verdad, nos elimina sin miramientos de la faz de la Tierra. Marionetas mortales de carne y hueso y sangre, en serie... Ahora, sin ir más lejos, mientras escribía me he tomado un descanso y he salido al balcón a fumar un pitillo..., y, ¿qué veo?, una ambulancia que se detiene frente al geriátrico que hay justo una calle más abajo de la mía. Ocurre sistemáticamente varias veces al día: luces que se encienden en las diminutas ventanas a cualquier hora (la muerte aparece por sorpresa, preferiblemente de madrugada), llamada a emergencias y otro anciano que pasa a engrosar la lista de los que han agotado sus cupones vitales. Inevitable e indefectiblemente, me cuestiono por enésima vez: ¿quien estará mirando desde mi balcón cuando, a no tardar, vengan a buscarme a mí?

Debería desaparecer primero quien ama y llevarse con él todos los recuerdos. La tortura de quedarse tras perder una parte esencial que te ataba a la vida, no es comparable con nada. Hemos de continuar compartiendo esta jungla infestada de seres ambiciosos, trepas, mezquinos, débiles y cobardes. Cada cual se ubica en la horda que mejor se adapta a su galopante deshumanización.

A lo que iba, que me disperso... Sin embargo, si eres un tanto iluso que se acomoda plácidamente en la rutina, o lo que es lo mismo: un ser

rudimentario y anodino poco exigente, que ni siente ni patalea ni se pregunta ni protesta; entonces eres uno más de la troupe aborregada que puebla el Planeta, y, la inspiración ni se molesta.

Lo contradictorio del tema, es que los de abajo (la ignorancia tiende a despreciar lo que no entiende) tachan de pedantes, sabelotodo e ingreídos a los de arriba. Es obvio que se requiere una gran dosis pericial a la hora de mostrar a los demás nuestros adentros más o menos cultivados..., más que nada, para evitar herir susceptibilidades innecesariamente.

Francamente, opino que esos daños colaterales son un riesgo que merece la pena correr... Quien quiera peces que se pegue fuego metafóricamente en el lóbulo parietal cuya asociación con el resto de lóbulos del cerebro, conforman una especie de puente de mando. La memoria (hincar los codos propiamente dicho) almacenada en el hipotálamo, propicia la integración y el buen funcionamiento de los sentidos fundamentales.

Yo... Que de nuevo he perdido el hilo..., en fin, soy una de esas criaturas que, aún sabiendo la podredumbre que nos inocula la sociedad poco después de nacer; en cuanto somos capaces de pensar individualmente, carezco de la determinación necesaria para escapar de aquí. Pertenezco a la casta de los cobardes, parece ser.

A los que se nos va la fuerza por la boca, esto es; quienes vamos de intelectuales bravucones por la vida pero no disponemos de la formación y la técnica necesarias para comunicar fielmente nuestras ideas, lo único que nos queda es despotricar de todo y de todos indiscriminadamente.

Por ejemplo: a mí me revientan esas frasecillas enlatadas que proliferan en las redes mismamente como si fueran setas. Paridas que pretenden ser ejemplarizantes y/o creadoras de opinión y que, en general, no son más que cursiladas. Oraciones manidas 'elucubradas' por mentes pusilánimes que si te atreves a leerlas aunque sea por mero aburrimiento, te parece estar viendo el dedo acusador del iluminado de turno. Las sentadas de cátedra de Paulo Coelho o de Alejandro Jodorowsky por poner un par de muestras, de tan reiterativas, resultan cargantes hasta el hartazgo. Actualmente, no está el horno como para cocer tantas hornadas de lecciones de moralina, francamente.

Luego están las de los encumbrados mundialmente; reverenciados y justificados con suma benevolencia por sus radicales ideas clasistas. Aquí entra por la puerta grande Nietzsche, cuyas frases se consideran poco menos que evangélicas y se encuentran hasta en la sopa de letras; un misógino insoportable que además fue 'musa' de Hitler (es la hora que no sabemos si a sabiendas o no). Éste, le idolatraba por sus escritos racistas y más concretamente por sus aseveraciones anti semitas. Es evidente que el dictador, que además de zumbado, era también

drogodependiente, tomó buena nota de ello.

¿Estoy otra vez en el país de las musarañas mezclando temas?... Ya me disculparán... La 'otra' que vive conmigo, me repite como un auténtico loro machacón que hay que escribir sobre las propias vivencias. Que, las que se cosechan en el caldo de cultivo neuronal del estómago, bien estructuradas o no tanto; siempre nos otorgarán alguna que otra licencia, e indefectiblemente, contendrán un mínimo de verdad en el texto.

No será que no me lo propongo con ahinco, ¿eh? Pero es inútil intentar conducir los pensamientos ordenadamente. Así, voy a seguir con la misma tónica... Está visto que esta manera desmadejada, es la que mejor se adapta a mis altibajos emocionales. Una vez enhebrado el hilo, seguiré ensartando temas como en una interminable cuenta de rosario. A esta suerte de amalgama asociativa, la coronaré con un Arco de San Martín; pondré sus colores irisados al servicio de los recuerdos, siempre que me sea posible atinar.

En ocasiones, saco las garras medio en serio medio en broma; en el fondo, estoy liberándome del desquicio que se instala en mi parcela en días alternos. Egoísta de mí, lo que en realidad busco es compartir con los demás mortales las culpas de mis mastodónticas pifiadas, no cargar a jornada completa con todos los marrones que yo misma me busco.

Es absolutamente necesario que asuman su parte de responsabilidad todos aquellos que nos incitan a traspasar los límites, a hacer realidad nuestros anhelos más escondidos. Esos indeseables que, a una edad demasiado temprana; nos azuzan a dejarnos llevar por los instintos y a comportarnos como seres primitivos sin prevenirnos de las consecuencias aplaudiendo y jaleando nuestros alardeos, es justo que paguen un tanto por ciento de la factura. Por que, es esa misma chusma la que más tarde, cuando estás atrancado en el lodazal de tus debilidades, te juzga y condena sin un ápice de conmiseración.

Tristemente, en su momento, no supe tomar buena nota de la conducta a prueba de tabúes de 'él'. Porque él, se regía por un código distinto; infinitamente más liberal con respecto a la masa. Su idiosincracia no estaba sujeta a normas preestablecidas, se negaba a someterse a cualquier regla impuesta por una sociedad hipócrita que pretende inocular su beatífico criterio y que, solapadamente, practica justo lo contrario de lo que predica. Su inconformismo le impulsaba a la rebelión, a dejarse llevar por el vértigo que produce el abanico de posibilidades que ofrece la vida sin ataduras ni compromisos. Al mismo tiempo, evitaba alentar o crear falsas expectativas en los demás; que nadie pudiera albergar la equivocada idea de que poseía algún derecho sobre él. Se relacionaba (cuidadosamente elegidos) con quienes esperaban de la vida lo mismo que él, aquellos que, acogidos al libre albedrío, optaban por gozar de sus vidas sin cortapisas y por ende, no cabía la posibilidad de llevarse a

engaño.

De haber tomado ejemplo de los que son más sabios que yo; la deriba de mi destino tal vez sería otra. Probablemente, no me hallaría en este momento oscilando en tamaña tesitura: su sola presencia me molesta, no sé como llamar a este malestar permanente que me asfixia. Diría que es como si cientos de alfileres me agujonearan los sentidos en todas direcciones, un desasosiego manifiesto rayano en la repulsión. Ni siquiera tolero su olor. Su dejadez y su charlatanería insustancial me inspiran desprecio. A veces, me sorprendo sopesando el profundo calado de esos pensamientos que, de tan negros, me aterrorizan...

Si, como aseguran quienes se creen con licencia divina para darnos lecciones, aprendiéramos de los errores, probablemente no resultaría tan sumamente traumático escapar de las adicciones. Porque, ¿no venderíamos nuestra hipotética alma al diablo con tal de elevarnos ingravidos y desembarazarnos del peso que sesga y limita nuestras expectativas? A buen seguro que a todos nos gustaría flotar; liberarnos por escasos momentos de las miradas curiosas, teletransportarnos a otra fase más indómita del Cosmos en la que nadie nos cuestione por mucho que en ocasiones se nos vaya la pinza.

Tomar buena nota..., aprender de los errores... Vaya sarta de incongruencias inviables. Es una absurdez andar con la libreta de pifiadas bajo el brazo, porque luego, a cada nueva partida en la que nos arrancamos el miedo a mordiscos, nos armamos de valor y tiramos los dados por enésima vez, nos sale rana la jugada y no hay lección que valga. Nos queda eso sí, inventarnos mundos paralelos.

Desde niña, y, en los últimos años con mayor convencimiento; me ha maravillado el impulso 'redentor' (llámese también efecto placebo si se quiere) que es patente que nos da a manos llenas la literatura. Nos otorga un poder más grande que cualquier otra cosa en el mundo; desmarcarnos de una realidad frustrante, la cotidianeidad. Y es que la costumbre, es maestra en el odioso menester de truncar vidas y desbaratar sueños.

